

Álvaro Rojas Salazar

**Sobre *La tradición del presente. El fin de la literatura universal y la narrativa latinoamericana*
de Carlos Cortés**

Universidad de Costa Rica

alvarors75@hotmail.com

La historia sigue después del fin

En 1992, Francis Fukuyama afirmaba que la historia se había terminado, que la sociedad liberal nos daría a todos hornos de microondas y que los grandes conflictos políticos habían llegado a su fin. Desde luego que este tipo de ideas no resisten la menor confrontación crítica, pero, a pesar de lo falsas y mal intencionadas que son, resulta importante tomarlas como síntoma de un momento cultural, donde autores más serios teorizaron desde distintas disciplinas acerca de la modernidad occidental, la cuestionaron y dudaron de su razón, de los principios organizadores de los grandes relatos que le daban sentido a las sociedades y por el contrario, de alguna forma, se inclinaron por las pequeñas historias. A ese momento histórico, a esa manifestación cultural denominada postmodernidad, dominada por los simulacros, por el predominio del giro lingüístico, por la hegemonía de la imagen y de los medios de comunicación masiva actualizando sus tecnologías día a día, a ese momento cultural que no eliminó todo el autoritarismo que se despliega por los distintos puntos de la red social, Fredric Jameson le llamó la lógica cultural del capitalismo tardío.

La tradición del presente. El fin de la literatura universal y la narrativa latinoamericana es el nombre del libro de ensayos que el escritor costarricense Carlos Cortés publicó en 2015 en La

Pereza Ediciones, una editorial independiente que opera desde Miami y que se especializa en literatura latinoamericana. Con él ganó el Premio Nacional 2015 en la categoría de ensayo en Costa Rica. Es un libro bien escrito, de amplia cultura literaria, ameno, donde se reúne una gran cantidad de ensayos, artículos, presentaciones de libros, algunas entrevistas, estructurados todos por un momento determinado de la literatura latinoamericana, tal vez su momento más exitoso. Desde luego que hablamos del *boom* de la literatura latinoamericana visto por alguien que se formó como escritor y como periodista observando y estudiando cómo los libros de Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa se distribuían por las librerías de todo el mundo recibiendo los aplausos del público y de la crítica. *La tradición del presente* reflexiona sobre ese momento, sobre esa “Edad de Oro” de la literatura latinoamericana y busca sus antecedentes: en él se escribe sobre William Faulkner, Francis Scott Fitzgerald y, también, sobre lo que vino después, toda esa serie de escritores que crecieron a la sombra del *boom*, algunos murieron en el intento de imitarlos, otros, habiendo pasado ya algunos años, los confrontaron muchas veces movidos por una actitud parricida.

El llamado *postboom*, el grupo MacOndo, la generación del Crack, así como Roberto Bolaño forman parte de estas tendencias. En ellas, sus escritores notaban que algo había cambiado en América Latina y las formas estéticas del *boom* no lo expresaban, ellos no se identificaban con ellas, ni con nada que tuviera que ver con el realismo mágico; su mundo era urbano, tecnológico, de clase media, lo rural no formaba ya parte de sus vidas, ni lo religioso, ni lo maravilloso, ni tampoco los milagros o la pretensión de la novela total. La droga sí y la velocidad del ritmo de la vida social y la televisión y el crimen y los conflictos psicológicos.

La vida política en América Latina también había cambiado y las ideas del compromiso político del escritor eran parte de un pasado al que ninguno de estos nuevos y más jóvenes escritores quería volver. La novela total se confundía con una visión totalitaria de la vida. De algún modo, las líneas generales del discurso de la postmodernidad alimentaron la producción literaria de esta generación. No por casualidad es Jorge Volpi quien escribe el prólogo a este libro de Cortés. En él dice:

Si algo sorprende en *La tradición del presente*, de Carlos Cortés, es la medida y la lúcida distancia con que retrata un mundo que, como él mismo reconoce, parece haberse extinguido: esa Edad de Oro de la literatura latinoamericana que se extiende entre la publicación de *Ficciones* y *Pedro Páramo*, y el Premio Nobel concedido a Mario Vargas Llosa en 2010. Más que como periodista o un crítico literario –aunque destaque en ambas disciplinas–, Cortés se comporta como un arqueólogo capaz de desenterrar, limpiar, estudiar y exhibir esas reliquias de una civilización extinta, de ubicarlos en su contexto y de analizarlos con la pericia y el amor que sólo puede tener alguien que ha dedicado su vida a esta apasionante empresa [...] Igual que Cortés, yo también creo que la literatura latinoamericana –o más bien la narrativa latinoamericana– ha desaparecido en nuestros días. Nada queda de aquella sensación de hallarnos frente a una corriente colosal, en la cual era posible distinguir ciertos rasgos característicos –la imaginación, la polifonía y los ecos del pasado–, como en ese período tan fecundo y tan anómalo encarnado por el boom y sus coetáneos. (7).

Los dos ensayos del libro que tratan estos temas son los primeros y Cortés los titula “La novela latinoamericana y el fin de la literatura universal”, el primero, y “La literatura latinoamericana (ya) no existe. Revisited”, el segundo. Una idea central en ellos es que con el *boom* muere la literatura universal y nace la global, que el *boom* fue la última gran manifestación literaria moderna que tuvo una recepción totalizadora: mercado masivo, impacto mediático y legitimidad académica. En este caso, este “fin” de la literatura latinoamericana significa la explosión de múltiples formas de hacer literatura en el presente de esta región, el fraccionamiento de lo que se entiende por Latinoamérica y la destrucción de la idea de totalidad, que lleva consigo el nacimiento de múltiples y diversas pequeñas historias.

A partir de estos ensayos de Carlos Cortés podemos ver cómo la discusión sobre esta ruptura en la historiografía de la literatura latinoamericana se inserta en una discusión teórica mayor, la discusión sobre las tensiones de la modernidad y la llamada postmodernidad, a la que algunos han pensado como una etapa distinta de la modernidad y otros como su continuación, como una más de sus múltiples posibilidades de renovación. En ese sentido, Carlos Cortés, al igual que los escritores de esas generaciones y tendencias que en los años noventa le siguieron al

boom, no sólo expone o describe la postmodernidad como momento cultural, sino que asume algunos de sus postulados, se incorpora, de alguna forma, a esa manera de pensar las cosas y de hacer literatura:

El boom creó la literatura latinoamericana en el mundo, en singular, pero borró las literaturas latinoamericanas en plural, y fijó una tradición canónica de cómo debe leerse, entenderse e interpretarse lo latinoamericano [...] En Latinoamérica, a partir de *La guerra del fin del mundo* (1981) y *Palinuro de México* (1977-1981) de Fernando del Paso, la novela épica se recicla en la llamada nueva novela histórica. Al desaparecer o caer en decadencia conceptos macro como boom, novela-río, novela total, épica, realismo mágico, modernidad, tradición, desarrollo, progreso y hasta Latinoamérica –como principio integrador–, se produce una oposición a estas formas de hiperbolización estética, que iban del barroco a la literatura fantástica, para estimular una recuperación del minimalismo, de las formas del realismo y de los géneros. (30-31).

Además de reflexionar de manera informada sobre el *boom* de la literatura latinoamericana, *La tradición del presente* contiene ensayos sobre el género del periodismo literario, la crónica y esas relaciones incestuosas entre periodismo y literatura que tanta atracción generan en la actualidad. También le dedica artículos a escritores de gran calidad que quedaron fuera de la foto de los cuatro íconos del *boom*, a los que de alguna forma reconoce como clásicos de la literatura latinoamericana al incluir un ensayo justamente sobre los clásicos, después de anunciar y registrar la caída del *boom*.

Lo urbano como fuente social de la novela y lo que ocurre en la actualidad en la literatura centroamericana, la figura patriarcal y generosa de Sergio Ramírez y sus notables esfuerzos con el proyecto *Centroamérica cuenta*, son objeto de reflexión en este libro que, como todo buen libro, permite realizar conexiones con otros, actualizar discusiones y confrontar ideas sobre la actualidad literaria en América Latina y sus momentos culturales, sus rupturas, continuidades y renacimientos.

Un punto de vista sobre la postmodernidad. Conexiones

Después de leer *La tradición del presente* me pareció inevitable volver a pensar la tensión modernidad-postmodernidad que ha recorrido las facultades de Letras en al menos las dos décadas anteriores. De allí surgieron estas conexiones que me llevan a decir que la modernidad ha estado recorrida por mecanismos de dominación y control social que no cesan. La violencia estructural ha sido una constante dentro del período histórico denominado modernidad, con los diversos procesos de modernización y con las diferencias geopolíticas que nos acompañan hasta el día de hoy.

Desde donde suelo pensar lo que fue denominado postmodernidad –con toda la confusión que encierra el término–, en cuanto a los procesos de dominación, es una continuidad diferenciada de la modernidad, otra de sus etapas, otro giro más de la capacidad renovadora de los tiempos modernos. La globalización, el neoliberalismo, el espacio cibernético, las tribus urbanas, el hiperindividualismo, el hedonismo, la experimentación con los cuerpos y los cuerpos experimentales, la paranoia, las vidas paralelas, las utopías y las perversiones de la sensibilidad postmoderna, no escapan a las tecnologías de dominación social y apropiación simbólica en las que se fundamenta la gobernabilidad occidental moderna. Estas formas de poder recorren los textos y las producciones simbólicas que afectan y constituyen las subjetividades. Distintos pensadores, en diversos momentos de la modernidad, teorizaron sobre el poder y evidenciaron esa guerra social desde categorías y principios válidos para adentrarse en los fundamentos políticos de la “postmodernidad”, la cual entendemos tal y como lo sintetizó Fredric Jameson, como la lógica cultural del capitalismo tardío, cuyas bases filosóficas podríamos resumir en los siguientes postulados: el fin de la historia; el fin de los grandes relatos; el fin del sujeto; el fin de las ideologías; el fin de los Estados nacionales.

Esta obsesión por el finalismo, tan bien trabajada por el filósofo argentino Eduardo Gruner, se inscribe en la tensión “el fin de los grandes relatos–la pluralidad de los microrelatos”, descentrando la idea de un sólo discurso hegemónico. Y parte de un supuesto, a mi juicio,

equivocado: pensar que una visión de totalidad implica de alguna forma el autoritarismo político. Tener perspectiva de totalidad, entender el mundo social desde algunos principios que ordenan sus múltiples aristas, su unidad conflictiva y cambiante, no tiene por qué implicar la muerte de las perspectivas individuales. Dicho de otro modo, el todo no anula a la parte, por el contrario, la explica. La perspectiva de totalidad elimina la ilusión de pensar la parte como una singularidad y la conecta con el resto de los agentes con los que se relaciona y se retroalimenta. En literatura, las pequeñas historias, contar lo personal, lo individual, mostrar que la tercera persona siempre es un yo disfrazado, es una opción estética, de ninguna manera desvinculada del momento social en el que surge y atraviesa siempre por una totalidad de la que en la mayoría de los casos, no se es consciente.

Confundir perspectiva de totalidad con totalitarismo es una de las trampas de la postmodernidad que de algún modo continuaron los escritores latinoamericanos que le siguieron al *boom* o Edad de Oro de esta literatura. Y lo hicieron en conflicto con la pretensión de la novela total que caracterizó algunas de sus obras en las que se pretendía incluirlo todo, una ciudad, un territorio, todas sus clases sociales, los conflictos psicológicos diferenciados por clase, el paso de generaciones y generaciones, la polifonía, las muchas culturas que chocaron y se fusionaron en una región como el Caribe latinoamericano, la épica, los efectos de una dictadura en el todo social, en la vida cotidiana de las personas de carne y hueso. En fin, lo que aparece en *La región más transparente*, en *Conversación en la Catedral*, en *Cien años de soledad*, en *La consagración de la primavera* o en *El siglo de las luces*. Tener una perspectiva de totalidad en literatura es una más de las opciones estéticas; en filosofía, es lo que se requiere para no creer que la historia es un cuento contado por un loco.

Volviendo al totalitarismo, pienso que lo que es autoritario es pensar que Latinoamérica es únicamente como la imaginaron y escribieron los escritores del *boom*, pero me parece que eso obedece más a patrones de consumo estimulados por las grandes editoriales europeas o estadounidenses que a las pretensiones de los mismos escritores. Siempre es autoritario sostener e imponer visiones unidimensionales, únicas y en consecuencia, esencialistas.

Finalmente, debemos decir que las rupturas en la historia de la literatura latinoamericana dan fe de que su materia es materia viva y la dialéctica entre las pequeñas historias y los grandes relatos es algo no resuelto, que de alguna forma es símbolo y signo de nuestro tiempo. Esa dialéctica es el lugar donde se cocinan las nuevas ficciones que algún día leeremos. Con *La tradición del presente*, de Carlos Cortés, estos temas se ponen otra vez sobre la mesa, dispuestos para ser discutidos por todos.

Cortés, Carlos. *La tradición del presente. El fin de la literatura universal y a literatura latinoamericana*. Miami: Ediciones La Pereza, 2015. 239 pp.